

## ¿PARA QUIÉN SOY YO?

Hacia una cultura vocacional en  
nuestras instituciones y comunidades

**“¿Para quién soy yo? Eres para Dios, sin duda. Pero Él quiso que seas también para los demás, y puso en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para otros.”**  
(Christus Vivit 286)



# ÍNDICE

|                                                                         |           |
|-------------------------------------------------------------------------|-----------|
| <b>0. ¿Por qué este documento?</b>                                      | <b>5</b>  |
| <b>1. Deshaciendo el enredo: ¿a qué nos referimos con vocación? ...</b> | <b>7</b>  |
| • Nivel antropológico                                                   | 7         |
| • Nivel teológico                                                       | 8         |
| • Nivel ignaciano                                                       | 9         |
| • La vocación aporta dicha verdadera                                    | 9         |
| • Todas las personas tienen vocación                                    | 9         |
| • La vocación no es evidente                                            | 10        |
| • La vocación no se la da uno a sí mismo                                | 11        |
| • La vocación se concreta en la respuesta                               | 11        |
| • La vocación se escribe en pasado, presente y futuro                   | 12        |
| <b>2. ¿Qué entendemos por cultura vocacional? .....</b>                 | <b>13</b> |
| <b>¿Cómo llevarla a cabo? .....</b>                                     | <b>14</b> |
| • Una tarea de todos                                                    | 14        |
| • Fijos los ojos en Jesús                                               | 14        |
| • Una tarea multidimensional                                            | 15        |
| • Con las personas como prioridad                                       | 15        |
| <b>3. Formar un sujeto vocacional capaz.....</b>                        | <b>16</b> |
| <b>Desarrollar la interioridad .....</b>                                | <b>16</b> |
| <b>Despertar preguntas hondas .....</b>                                 | <b>17</b> |
| <b>Acompañar procesos.....</b>                                          | <b>18</b> |
| <b>Transparentar virtudes vocacionales.....</b>                         | <b>20</b> |
| • El descentramiento del yo                                             | 20        |
| • Que merezca la pena                                                   | 21        |
| • Una fraternidad universal                                             | 22        |
| • Una mirada a largo plazo                                              | 23        |
| • Soñar y aspirar a mucho                                               | 24        |
| • Aceptación de la fragilidad, el límite y el fracaso                   | 25        |
| • Una libertad liberada                                                 | 26        |
| • Gratuidad y audacia                                                   | 26        |
| • Permanecer y perseverar                                               | 27        |
| <b>4. A modo de conclusión: para seguir caminando.....</b>              | <b>29</b> |
| <b>Guía de lectura y trabajo .....</b>                                  | <b>31</b> |



## O. ¿Por qué este documento?

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.” (Jn 10, 10)

Somos creados para vivir en plenitud y podemos aspirar a ella. Este es el porqué último de este documento: la certeza de que Dios sigue invitando a una existencia plena. Y lo hace amando y llamando. Así se comunica, aunque algunos “ruidos” ambientales no ayuden a oírlo. Por eso **lo mejor que podemos hacer como Provincia es ayudar a todas y cada una de las personas que entran en contacto con nosotros y nuestras instituciones a que escuchen y discernan ese proyecto de vida que Dios sueña para ellas.**

En estas coordenadas se mueve el Proyecto Apostólico de Provincia (abril 2019) cuando en su décima opción fundamental expresa el deseo de promover *“la vida cristiana entendida como vocación y, en particular, la vocación a la Compañía de Jesús”*, aspirando en los próximos años a *“que personas, comunidades e instituciones desarrollen una cultura vocacional marcada por el acompañamiento personal y la acogida comunitaria, con propuestas audaces que ayuden a quienes se preguntan por la vocación a la Compañía”*. Con esta finalidad, e intentando dar pistas para poder desarrollar esta cultura vocacional en todas las obras e instituciones de la Provincia, nace este documento.

No se pretende idear nuevas estrategias o hacer un mejor marketing de la espiritualidad ignaciana. Se trata de **promover una nueva y más clara cultura vocacional** que transforme nuestras actitudes y perspectivas de futuro. Se trata de convertir la pregunta vocacional en un horizonte hacia el que caminar en nuestras comunidades ignacianas. Que todas nuestras instituciones educativas –como es y ha sido siempre en nuestra tradición– favorezcan el crecimiento integral de la persona, educando para la vida y no únicamente para adquirir conocimientos. En definitiva, se trata de formar personas que vivan sus estudios, profesiones y estados de vida desde su auténtica vocación: que sean “conscientes, competentes, comprometidos, y compasivos”<sup>1</sup>; que guiados desde la *“utilitas, iustitia, humanitas y fides”*<sup>2</sup> “no vivan para sí, sino para Dios y para su Cristo; para Aquel que por nosotros murió y resucitó; hombres y mujeres para los demás”<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Seminario Internacional sobre Pedagogía y Espiritualidad Ignaciana (SIPEI), Manresa, noviembre de 2014.

<sup>2</sup> Cuatro componentes del paradigma “Ledesma-Kolvenbach”, para la pedagogía e identidad de las Universidades de la Compañía de Jesús.

<sup>3</sup> Pedro Arrupe, X Congreso Europeo de las Asociaciones de Antiguos Alumnos, Valencia 1973.

Hoy se habla mucho de una “**crisis vocacional**”. Ésta no afecta únicamente a la Vida Consagrada, sino a toda vocación cristiana, a la vida misma entendida como vocación. ¿Cuántos matrimonios o profesionales lo son por haber discernido dicho compromiso tratando de descubrir el sueño de Dios para su vida? ¿En cuántas personas pesan más “las mociones que en su alma se causan” [Ejer. 313] que otras ventajas, recompensas o comodidades? Eso hace que el paradigma actual sea el de “Personas sin vocación”, porque ésta es entendida como una mera elección en la que es el sujeto quien “pone las reglas” según el sentimiento o interés del momento. No somos nosotros, ni nuestras instituciones, ajenos a esta tendencia. No predominan las elecciones de estados de vida (matrimonial, vida consagrada, sacerdocio...) como respuesta a una llamada, ni como opción por anunciar y construir Reino de Dios en esta tierra. Esto debería hacernos reflexionar sobre qué falta en nuestros procesos de formación de jóvenes y en la transmisión de la fe en nuestras comunidades y obras ignacianas.

Del mismo modo, vista la evolución de las últimas décadas hay una conclusión clara: **«a menor vida consagrada, menor vida laical, y viceversa»**. De modo que si las comunidades ignacianas se alimentan de la pastoral juvenil de la Compañía de Jesús, recíprocamente, las vocaciones a la Compañía de Jesús saldrían –normalmente– del seno de las comunidades ignacianas en la etapa universitaria o primeros años de vida laboral. Sin embargo, no es esto lo que predomina.

Es evidente que entran en juego multitud de factores. Entre ellos un contexto actual de baja natalidad, de secularización creciente, de un ritmo de vida altísimo e hiperconectado que nos empuja a vivir superficialmente, etc. Todo ello desemboca en una sociedad en la que se hace difícil la búsqueda y la elección vocacional. En consecuencia, son muchas las personas que viven sin sentido ni horizonte en su vida. Sin embargo, contemplando el mundo que nos rodea, se percibe el inmenso bien de toda vida que es vivida como vocación.

Evidentemente una sociedad que prioriza el bienestar por encima de todo juega en contra de esta propuesta, por eso **toca remar a contracorriente apostando por una cultura vocacional en todos los ámbitos**, donde las personas elijan qué hacer con su vida persiguiendo un sentido y plenitud que no alcanzarían por otros caminos –y que desde la fe leemos como la voluntad de Dios para sus vidas– ayudándoles a asumir lo radical y exigente de toda vocación y estado de vida. Esta es la razón última de este documento: el inestimable bien que podemos hacer a toda persona ayudándole a descubrir y alcanzar la plenitud de vida que se esconde detrás de su propia vocación.

## 1. Deshaciendo el enredo: ¿a qué nos referimos con vocación?

«Os he dicho esto para que participéis de mi alegría y vuestra alegría sea plena». (Jn 15, 11)

Partimos de que **la palabra “vocación” es polisémica**, se entiende de diferentes maneras según el contexto en que se use. Así, al escuchar la palabra vocación hay quien puede pensar en unos estudios, una profesión, un estado de vida, una especial consagración... Y al ser una palabra usada para diversos ámbitos corre el peligro de que, a fuerza de significar todo acabe por no significar nada. Esto nos exige afinar la profundidad de las preguntas que planteamos para ayudar a una comprensión que vaya más allá del “hacer” para llegar al “ser”; es ir más allá de la mera orientación profesional con la que alguien aspira a ganarse la vida, para llegar a responderse primero “¿quién estoy llamado a ser?” y desde ahí plantearse “¿qué he de hacer?”. La cuestión vocacional tiene que ver con **la misión** a la que uno se entrega y con la propia **identidad**, confiriendo a la vez sentido y finalidad a la existencia. Conlleva entender la identidad en función de aquello o de aquellos por quienes se entrega la vida.

Actualmente son tiempos de una fuerte búsqueda y afirmación de la identidad. La pregunta vocacional busca respuesta en lo más íntimo del ser humano, en sus anhelos y deseos más profundos. Cuando la respuesta se pone únicamente en aspectos externos o en posicionamientos políticos, corre el riesgo de acabar convirtiéndose en mera ideología. De este modo, descubrimos **tres niveles en nuestra comprensión integral de la vocación**: un nivel antropológico; un nivel teológico; y un nivel propiamente ignaciano.

- **Nivel antropológico**

Acerca del primero, el papa Francisco afirma en la exhortación apostólica *Christus Vivit* que la gran pregunta que todo joven debe hacerse en la vida es “¿para quién soy yo?” (cf. n. 286). De este modo, subraya el **fundamento antropológico** de la vocación que en todo contexto –creyente o no creyente– puede compartirse: para vivir con acierto hay que saber cuál es la propia misión en la vida, porque ahí se encuentra la verdad sobre uno mismo, la inspiración básica de la que nace el cometido principal que cada persona tiene. La vocación así entendida incluye todo aquello que la persona está llamada a hacer, lo que da sentido a su vida. Y esto tiene que ver no tanto con apetitos y gustos, sino con los anhelos y deseos más profundos. De fondo está la percepción de que la gramática fundamental de la existencia es el comprender la vida

como don recibido y, desde ahí, hacerse don para otros, convertirse en donación. En palabras del papa, esa pregunta *“ilumina las decisiones en la vida de manera profunda, porque recuerda que hay que asumirlas en el horizonte liberador de la entrega de uno mismo. ¡Este es el único camino para alcanzar una felicidad auténtica y duradera!”*<sup>4</sup>.

- **Nivel teológico**

A nivel teológico, **desde una mirada creyente a la realidad**, se percibe la vocación como el proyecto de vida al que Dios invita a una persona. Por eso, desde la fe, la vocación es la respuesta a Otro que llama. Supone una comprensión del ser humano que va más allá de la mera subjetividad autorreferencial. Más bien, se descubre al ser humano como alcanzado por una llamada que lo precede y lo desafía en un camino de asunción, de responsabilidad y compromiso. Teológicamente la vocación es el camino de seguimiento a Jesucristo, entendido como un camino de redescubrimiento de la propia plenitud que concluye en la eternidad. Esta llamada es gratuita e independiente de todo mérito, poniendo en juego la libertad del sujeto en cada una de sus elecciones y encaminándolo hacia su fin sobrenatural.

Hay que huir, por tanto, de una concepción pasiva y mecanicista de la existencia, como si Dios manejase unos hilos imaginarios y nosotros fuéramos marionetas que tenemos que dejarnos mover. También conviene rechazar la idea de que la voluntad de Dios se juegue en una única respuesta oportuna en la vida. Sería imaginar la vocación como un puente estrecho con el que uno tiene que acertar a riesgo de salirse y caer en la desdicha. En realidad, lo que Dios quiere es que vivamos conforme al Evangelio. La vocación no se impone como un destino que padecer, sino que es propuesta de amor y promesa de plenitud. Respondiendo (en gerundio) a su llamada descubrimos la propia identidad y eso nos hace ser “nosotros mismos” más que ninguna otra promesa de autorrealización. En síntesis, desde el punto de vista teológico, toda la iniciativa está en el amor de Dios, Él nos “primerea”<sup>5</sup>. Esto implica escucha, reconocimiento, disponibilidad... y respuesta. Porque es en “el entramado entre la elección divina y la libertad humana”<sup>6</sup> donde se descubre y confirma la vocación personal. Tiene un carácter, por tanto, personal y dialógico, que pasa por la conciencia de ser llamado e invitado.

---

<sup>4</sup> Sínodo sobre la juventud, *Documento final*, n. 69

<sup>5</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* n.24

<sup>6</sup> Documento final de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (3 al 28 de octubre de 2018). Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, 78.

- **Nivel ignaciano**

En tercer lugar, para la **espiritualidad ignaciana** la respuesta vocacional corresponde a la madurez del seguimiento cristiano. En el proceso de Ejercicios, la vocación se concreta en la llamada del Rey Eternal, en la que el mismo Jesús llama a vivir *con Él y como Él* [cf. *Ejer.* 95]. Dicha llamada se sustenta sobre dos experiencias previas: la de saberse criatura amada por Dios, con un fin que se encarna de manera diferente en cada persona [cf. Principio y Fundamento, *Ejer.* 23]; y la de reconocerse criatura perdonada y reconciliada [cf. Primera Semana, *Ejer.* 23–72]. Ambas experiencias son condiciones necesarias para poder responder a la llamada del Señor desde el agradecimiento y la gratuidad.

Una vez reconocidos estos tres niveles, apuntaremos una serie de **notas** que ayudarán a comprender mejor qué entendemos por vocación:

- **La vocación aporta dicha verdadera**

Dios quiere que todos vivamos en plenitud y alcancemos la felicidad verdadera. Así nos sueña a todos, cada uno según su vocación. Pero conviene aclarar que esa plenitud no se identifica con el mero bienestar, una concepción reduccionista de la felicidad a la que nos invita continuamente nuestra sociedad. Otra palabra que recoge con mayor profundidad aquello que la propia vocación aporta es “dicha”. Ésta conjuga dos dimensiones que son necesarias en la vida: sentido y gusto. Sentido tiene que ver con el saber, con hallar la respuesta al porqué y para qué profundos de la propia existencia. Eso aporta significado, dirección, densidad, hondura... de alguna manera impide una existencia vacía. El gusto tiene que ver con sabor, alegría, gozo... Ambas son necesarias para la plenitud de la persona. No se trata de hacer cosas, sino de hacerlas con significado, con orientación y con gusto; y eso lo aporta la propia vocación, lo aporta el ser aquello que uno es llamado a ser.

- **Todas las personas tienen vocación**

La vocación no es un privilegio de unos pocos elegidos. Hubo una época en que hablar de vocación era hablar de “ser cura o monja” y así se fue perdiendo el sentido verdadero de la palabra vocación. El Concilio Vaticano II detectó esta tendencia e insistió en la llamada universal a la santidad (cf. *Lumen Gentium* 5) que vale para todo ser humano y sobre la cual se delinean las diferentes vocaciones específicas. De este modo, la santidad no se concibe como algo reservado a una élite espiritual, ni a un reducido grupo a quienes la Iglesia reconoce virtudes heroicas o milagrosas. La santidad es ser,

cada vez más y mejor, lo que uno está llamado a ser, dejándose hacer por el Espíritu Santo que realiza la voluntad de Dios en cada persona. La santidad no es, por tanto, un apéndice, un plus, sino que es constitutiva de nuestro ser.

Desde aquí podemos entender que, en realidad, no tenemos una única vocación, sino que todos tenemos varias vocaciones. Unas universales compartidas por todos y otras específicas y singulares de cada uno. Entre las **universales** ya hemos mencionado las llamadas a la santidad y la dicha. Pero anterior a ellas, está la vocación a la vida. La vida siempre nos es regalada. Nadie ha hecho nada para ganarse la existencia, sino que es puro don de Dios. Eso ya es un motivo más que suficiente para llenar de sentido y dignidad ese periodo de tiempo que llamamos existencia. Pero estas vocaciones universales se concretan y actualizan en una **vocación específica** para cada persona. Sería ésta –en el sentido más estricto– a la que nos referimos en este documento.

- **La vocación no es evidente**

Que todos tengamos vocación no quiere decir que todos la descubramos. Y mucho menos que todos la sigamos. Tanto las llamadas universales como la particular de cada uno pueden no ser escuchadas ni respondidas. La vocación suele presentarse al inicio como una serie de inquietudes: el deseo de hacer algo “grande” en la vida, el sentimiento de que Dios espera algo más de uno, la preocupación por el dolor de la humanidad, la sensación de que algo falta a pesar de tener una buena vida... Son signos que se perciben como susurros de una llamada aún por concretar. Entonces, se hace necesario afinar el oído mediante el silencio y la oración, la realización de experiencias, la búsqueda de consejo, etc. Y la verdad es que este primer paso no es algo evidente en la cultura actual.

Nuestro mundo está lleno de ruidos que pueden distraer y hasta ahogar la llamada vocacional. Pero que alguien no descubra su vocación no quiere decir que no la tenga. Otros, en cambio, sí llegan a intuir la propia vocación pero no se atreven a apostar por ella. A veces por miedo, por una falsa prudencia, por un recorte prematuro de los ideales, o porque acaba venciendo la búsqueda de comodidades y seguridades. Estas situaciones son tristes y conducen a vidas grises. Ello nos impulsa a trabajar con más convencimiento en pro de una cultura vocacional que ayude a toda persona a descubrir y elegir el camino hacia la dicha verdadera.

- **La vocación no se la da uno a sí mismo**

En la historia del pensamiento, desde el giro antropocéntrico –e influenciado por algunas corrientes modernistas– hasta nuestros días, ha cobrado fuerza una percepción del sujeto como origen de todo sentido. Esto choca frontalmente con la vocación entendida como respuesta a algo o alguien que me llama de fuera. Se entiende entonces por qué el paradigma actual es el de “Personas sin vocación”, precisamente porque uno mismo es quien ha de darse un sentido y propósito propios. Hablar de vocación supone aceptar que el ser humano no es el sujeto cartesiano de la realidad y que el sentido de su vida le es dado al responder a una llamada que viene más allá de sí mismo.

Esto no significa que la vocación sea algo diferente a uno mismo. No es que Dios le pida ser “otra cosa” sino, al contrario, le pide ser el yo más auténtico posible, el que es capaz de encarnar sus anhelos y deseos más íntimos. Se trata de descubrir y encarnar la verdad de uno mismo, porque aquello hacia lo que camina está ya en el sujeto como don. Por tanto, esta verdad no la crea ni se la da a sí mismo, sino que la descubre en la medida que va dando pasos para responder a ella. Los propios sentimientos y la subjetividad no son el criterio último, ni son los creadores de la realidad ni de la vocación.

- **La vocación se concreta en la respuesta**

Como se ha subrayado en el nivel teológico, la vocación tiene un carácter personal y dialógico. Ésta pasa por la conciencia de ser llamado a modo de invitación que se puede aceptar o rechazar. Así, la vocación no es algo etéreo, teórico o utópico. Es algo real y concreto, que se descubre a medida que se toman elecciones y opciones vitales. Por eso decimos que la vocación es *don* recibido y *tarea* que realizar, supone que la persona tome las riendas de su vida a través de decisiones valientes.

Se convierte así en horizonte de sentido que marca la dirección hacia la que dirigir nuestros pasos. Conlleva un largo viaje y pide tiempo para ser comprendida e interpretada. Se va desvelando gradualmente a medida que se avanza hacia ese horizonte. Por eso el joven necesita diferentes experiencias que ayuden a ir encarnando y confirmando esa respuesta. Hablar de horizonte de sentido evita imaginar la vocación como una decisión aislada en la cual se juega la felicidad personal; es más bien un norte hacia el que se proyecta la vida, que se va concretando, actualizando y gozando en la medida que se camina hacia él, en los pasos, elecciones y vivencias que lo acompañan.

- **La vocación se escribe en pasado, presente y futuro**

Cuando descubrimos la vocación como horizonte vital de sentido, sentimos que “está ahí” desde siempre y nos ha ido llamando con diferentes voces a lo largo de la vida a través de experiencias, encuentros, palabras, silencios, deseos, necesidades de otros, etc. Así va adquiriendo diferentes matices según el momento vital. La vocación implica una **relectura de las experiencias pasadas** que dan sentido a la vida y orientan así las elecciones futuras. Por ello podemos decir que la vocación atraviesa el pasado, el presente y el futuro.

Para recorrer el camino de la propia vocación es necesario hacerse consciente de esa llamada pues, antes que nada y para todos, aparece con carácter sensible, afectivo, corpóreo... pero preconsciente. Es preciso sondear la propia existencia con una óptica vocacional para aprender progresivamente a reconocer el deseo, ser capaz de nombrarlo y ver hacia dónde apunta. Se trata de descubrir lo que anhelamos por encima de todo, nuestro deseo más profundo, más allá de satisfacciones efímeras. Para ello es necesario **reconocer las mociones** que Dios nos da a sentir (y un gran instrumento para ello es el examen ignaciano) y aceptarlas con un corazón abierto y disponible (que es el significado de la verdadera indiferencia ignaciana). Es al mirar hacia atrás cuando se pueden descubrir las huellas del Señor invitando y llamando en la propia vida. Por eso, muchas veces el discernimiento no pasa tanto por descubrir “pistas” que vayan indicando hacia donde ir sino, más bien, por revisar y releer la propia vida buscando las mociones profundas que ya estaban ahí. Es una llamada al futuro que nos mueve por atracción, pero se descubre mirando atrás. La imagen de la búsqueda vocacional no es tanto la de “descifrar un mapa de pistas” sino la de “mirar por el retrovisor” mientras se recorre el camino de la vida.

Todo ello supone aceptar la **vida y la vocación como proceso dinámico**, donde la elección se va continuamente actualizando al enfrentar las novedades que trae el paso del tiempo y los distintos contextos. Asumir esta realidad supone no vivir únicamente a base de impactos que hagan replantear la existencia y las opciones, sino que pide ir integrando las diferentes situaciones y experiencias que se van teniendo. Asumir esto no es fácil, y lo vemos en tantos jóvenes que no quieren caminar hacia un horizonte, sino que quieren estar ya en él. Por eso sus preguntas y preocupaciones no están tanto en el hacia dónde caminar sino en el cómo llegar enseguida.

## 2. ¿Qué entendemos por cultura vocacional?

«Sabemos que para los que aman a Dios, todo concurre para su bien, esto es, para los que son llamados según su designio.” (Rm 8, 28)

La secularización en que vivimos ha supuesto –entre otras cosas– que la transmisión de la fe, que funcionó durante siglos, se haya roto. Y esta ruptura no se ha dado en un eslabón sino en muchos. Se trata de una ruptura sistémica y funcional, no simplemente local o puntual.<sup>7</sup> Esto afecta también al modo de entender la vida en clave vocacional. No se puede, por tanto, abordar esta situación desde una única perspectiva (la pastoral, por ejemplo), sino que al tratarse de una ruptura múltiple ha de trabajarse desde múltiples ámbitos (pastoral, social, académico, relaciones interpersonales, dinámicas institucionales, etc.). Es decir, creando **un ecosistema, una cultura, un humus**, donde la pregunta vocacional pueda brotar y crecer.

No se trata de una mera actividad a diseñar, de un taller específico, o de un ítem a introducir en programaciones y planes. Se trata de involucrar a todos y cada uno de los ámbitos, a todas y cada una de las personas que forman parte de nuestras obras, instituciones y comunidades. Pasar de que lo vocacional sea un añadido o un extra, a que sea una cultura compartida que ayude a vivir la vida en esa clave. **Esto significa que lo vocacional no se reduce a la culminación de un proceso –la guinda o el barniz– cuando todos los objetivos anteriores han sido satisfechos, sino que ha de ser parte esencial y transversal** de todos nuestros esfuerzos. De un modo más específico, en el ámbito educativo, supone ayudar a los alumnos a escuchar esa llamada a poner sus dones al servicio de las necesidades del mundo con vidas comprometidas. Sin duda es un reto que exige una formación integral de toda la persona. Esto no es posible desde unos “parches” (alguna campaña o alguna actividad pastoral, académica o tutorial) sino que necesita de cierto ambiente –cultura– que integre todas las dimensiones formativas y educativas.

Todo proceso evangelizador apunta a transformar la cultura haciendo crecer las semillas del Reino que ya hay inmersas en ella y revirtiendo las dinámicas que son contrarias a la Buena Noticia. Transformar por completo la cultura dominante se torna misión casi imposible a pesar de las numerosas instituciones, comunidades y personas que trabajamos en esta misión compartida. Desde la **conciencia humilde de nuestras capacidades**, sí podemos aspirar a crear allí donde la Compañía está presente un micro-clima o una micro-cultura que apunte a ello.

---

<sup>7</sup> Cf. URIBARRI, G. Jesucristo para jóvenes, Sal Terrae 2022.

## ¿Cómo llevarla a cabo?

- **Una tarea de todos**

Si aspiramos a que el *“discernimiento vocacional sea rasgo cotidiano de la cultura de nuestras obras”*<sup>8</sup>, no hay modo de generar una dinámica que pueda considerarse “cultural” si ésta es llevada a cabo tan solo por unos pocos. Sabiendo que toca remar a contracorriente, o lo hacemos todos juntos o el esfuerzo será en vano. Hacia esto apunta la opción fundamental del Proyecto Apostólico de Provincia, instando a que la dimensión vocacional sea transversal a toda comunidad e institución; por tanto, misión compartida por laicos, jesuitas y otros consagrados que trabajamos juntos en las obras apostólicas de la Provincia.

Además, esta tarea apunta a una doble dimensión que es bueno explicitar: por un lado, trabajar en la promoción vocacional en sentido amplio (ya que toda vocación eclesial es una riqueza y queremos ayudar a cada persona a descubrir la suya); pero no olvidar la vocación específica a la Compañía de Jesús (con una especial responsabilidad por promover y acompañar las vocaciones de nuevos jesuitas). Dada la fragilidad de esta segunda dimensión, es necesario que todos los que colaboramos en la misión de la Provincia hagamos nuestra la necesidad de animar y acompañar a los jóvenes a plantearse la vida como vocación, sí, pero además proponer la opción a la Compañía como algo plausible y valorado por todos.

- **Fijos los ojos en Jesús**

Desde la mirada creyente, la vocación nace al responder a la invitación del Señor a seguirle y ser enviados en misión: *“Llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos”* (Mc 6, 8). Una misión que no es nuestra, sino de Cristo. Él nos llama a vivir con Él y como Él. Y es evidente que sólo estando unidos a Cristo podemos ayudar a otros a llegar a Él. Por tanto, el principal modo con el que podemos ayudar a que toda tarea de la provincia tenga un carácter vocacional es este. Sólo unidos a Cristo, fijos los ojos en Jesús, podemos ayudar a las personas de hoy en ese camino. Un camino que comienza en la infancia y que necesita ser acompañado en la adolescencia, la juventud y la adultez. Sólo así podemos proponer con autenticidad la invitación a ponerse delante de Cristo en cruz y preguntarse *“¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?”* [Ejer. 53].

---

<sup>8</sup> PADRE GENERAL ARTURO SOSA, Carta a toda la Compañía, abril 2021.

- **Una tarea multidimensional**

La filosofía señala dos herramientas fundamentales para generar o cambiar una cultura: el lenguaje y las prácticas. Crear una cultura vocacional pide repensar el lenguaje y las prácticas de **nuestras obras y comunidades**. Pero, como se ha dicho, esto no afecta sólo al ámbito pastoral, sino a todas y cada una de las dimensiones que forman parte de nuestras instituciones y comunidades. Solo generando un lenguaje común y un modo de proceder coherente, podemos recrear una cultura en la que las personas estén mejor capacitadas para plantearse la vida como vocación. En este sentido, un cambio cultural de este calado debería transformar también las diversas dimensiones de **las personas que colaboramos en la misión**: nuestros gestos, palabras, símbolos, relatos, valores... Recrear una cultura supone buscar caminos para que todo lo que somos y hacemos sume en la misma dirección. De lo contrario se generan incoherencias entre teoría y práctica, con todo el perjuicio que esto conlleva.

- **Con las personas como prioridad**

Hablar de cultura corre el peligro de acabar centrándose en dinanismos sociológicos o teorías sobre las relaciones interpersonales. Y aunque la evangelización aspira a transformar la cultura y con ello la sociedad, no podemos perder el foco. La prioridad de nuestra misión son las personas. Todas nuestras instituciones, obras y comunidades están al servicio del individuo concreto que entra en contacto con nosotros. En un segundo momento, todo este trabajo afectará y transformará la sociedad a partir de las personas a las que hemos podido ayudar. Pero no perdamos la perspectiva: no aspiramos a cambiar el mundo –como ente abstracto– sino las personas. Queremos ayudar a encontrar su vocación a tantos como podamos de modo que, el cambio personal que experimenten, ayude a transformar el mundo.

### 3. Formar un sujeto vocacional capaz

«Por tanto, hermanos, sed tanto más diligentes para afianzar vuestra vocación y elección».  
(2Pe 1, 10)

Hoy impera en nuestra sociedad un discurso que reduce la vocación a la elección de una profesión con el único fin de lograr un cierto bienestar en lo económico y en lo emotivo-sentimental. Existe poca apertura a la trascendencia y un reducido sentimiento de responsabilidad hacia las necesidades de los demás, especialmente de los que están lejos. Ante esta realidad, estamos convencidos de que el encuentro con Jesús de Nazaret y su Evangelio abre a un novedoso horizonte donde es posible encontrar respuestas a las preguntas más profundas del ser humano, así como sentido y esperanza para la vida. La transmisión de la fe se convierte, por tanto, en el principal aliado para la cultura vocacional. Sin embargo, como condición de posibilidad de todo ello, se hace necesario crear un ambiente cultural que promueva una serie de elementos básicos que no pueden faltar en un sujeto para que sea capaz de entender y responder a la vida en clave vocacional. Son los siguientes:

#### ▶ Desarrollar la interioridad

El primero es la **capacidad de hacer silencio** como vía imprescindible para desarrollar la capacidad de escucha. La persona debe aprender a afinar sus sentidos interiores por encima del ruido ambiental y escuchar la voz de Dios. Nadie puede descubrir quién está llamado a ser sin esta capacidad. Por lo tanto, hay que enseñar a los jóvenes –y no tan jóvenes– a escuchar en el silencio y la oración. Partiendo del conocimiento y la comprensión de las propias necesidades y deseos se puede aprender a priorizar los anhelos más profundos y a percibir, empatizar y responder a las necesidades del mundo que les rodea.

Esta capacidad de escucha es el primer paso para la **apertura a la trascendencia**. Para ello es necesario un proceso pedagógico que supere la tentación de la prisa y la recompensa inmediata. Es el camino de la búsqueda de sentido, del deseo de verdad, imprescindibles para que se dé una auténtica vocación. Esta apertura podrá transformarse –de forma progresiva o casi simultánea– en **fe religiosa** gracias al encuentro personal con Cristo, la pertenencia comunitaria y los sacramentos. Lo natural y deseable es que dicho proceso acabe desembocando en una sana y necesaria eclesialidad. Lo cierto es que toda vocación cristiana nace y se desarrolla en la

Iglesia, empatizando con sus sufrimientos, miedos y carencias; y, sobre todo, con sus gozos, alegrías y esperanzas.

Otro elemento de un sujeto apto para el planteamiento vocacional es la **capacidad de formular la vida interior**. No basta con hacer silencio y escuchar, sino que se han de adquirir herramientas para reconocer y nombrar lo que sucede en uno mismo. Con el tiempo, la persona se vuelve capaz de dotar de narratividad y sentido a la propia vida. La vocación pide relatar la propia historia desde una perspectiva creyente, siendo capaz de releer los acontecimientos de la vida como lenguaje de Dios. Esto precisa un aprendizaje lento y paciente que puede lograrse de forma privilegiada gracias al **acompañamiento** de personas que tienen más experiencia en la vida espiritual.

### **Despertar preguntas hondas**

Otro ámbito importante para la cuestión vocacional tiene que ver con la capacidad de despertar preguntas hondas en las personas. Hoy en día la pregunta vocacional suele aparecer tiempo después de haber decidido qué estudiar y en qué trabajar. Generalmente no se toman estas decisiones vitales tras un proceso de discernimiento vocacional –ni siquiera incipiente– sino en función de otros criterios más superficiales. Por eso, despertar en nuestros jóvenes preguntas identitarias clave y hacerlo con naturalidad desde edades tempranas, es un gran servicio.

Conviene recordar que la pregunta vocacional nace en el interior de cada persona de un modo único y diferente. **Nadie puede sustituir al joven en esa tarea**. La labor del educador o acompañante es despertar preguntas, no hacerlas él mismo de forma extrínseca puesto que esto no sería eficaz. Para ello sirven experiencias de diferentes tipos pero, las llamadas “experiencias de contraste” (voluntariados, Sentido Sur, VOLPA...), acostumbran a ser un hito significativo a la hora de plantearse cuestiones trascendentales desde las que tomar decisiones vocacionales.

Dicho esto, merece la pena subrayar que mientras la opción matrimonial (incluso cuando no se vive como vocación) suele ser bien recibida y fuente de alegría para la familia; la vocación al sacerdocio o la vida consagrada no termina de ser entendida ni, en muchas ocasiones, bien acogida en nuestro tiempo. Por eso, en algunas ocasiones, se necesita que esta última pregunta sea formulada desde fuera, de manera proactiva, atreviéndonos a plantearla a alumnos, hijos, catecúmenos, etc. como una opción más a la que Dios podría estar llamándoles. Sin caer en un proselitismo indeseable, lo cierto es que,

en nuestros contextos, existe un peligro no menor de esconder el miedo y la cobardía bajo capa de prudencia y respeto.

La pregunta vocacional no es una pregunta más porque en ella se pone en juego el propio yo. Si se vive con hondura, cuestiona sobre el modo de vivir y plantearse la existencia: pone en movimiento y dinamiza, desembocando en un proyecto vital por el que uno decide apostar y comprometerse. Así, poco a poco, **las preguntas irán ganando hondura**, pasando del “¿qué estudiar?” o “¿en qué trabajar?”, al “¿qué quiero hacer con mi vida?” o “¿quién quiero ser?”, para acabar saliendo de uno mismo con el “¿para quién soy yo?”. Esta última podría reformularse con “¿por qué o por quién daría mi vida?”, con la intuición de que quien tiene una razón para morir es porque ya ha encontrado el por qué y para qué vivir, es decir, la vocación. Se trataría de despertar preguntas que tocan y abarcan diferentes ámbitos:

- **La realidad social/comunitaria:** dado que no consiste solamente en saber qué quiero hacer, sino qué me pide la realidad humana en la que vivo, qué necesidades hay y qué contribución puedo hacer. La pregunta vocacional nace sobre el presupuesto de que no todo se reduce a calcular costes y beneficios personales, sino que cabe elegir un proyecto de vida como respuesta a lo que pasa en el mundo.
- **La búsqueda de sentido:** porque la vocación no puede ser entendida como búsqueda egoísta de bienestar. Pasa por descubrir aquello que “merece la pena”, que otorga sentido en cuanto significado y horizonte a la propia vida.
- **La complejidad de lo real:** a medida que se gana en profundidad, se supera la tentación de dar respuestas fáciles a preguntas complicadas. Esto supone también aceptar la dimensión de misterio de la propia vida y vivir con preguntas abiertas.
- **La dimensión trascendente:** se encuentra en el Evangelio respuestas a las preguntas más profundas. Se reconoce así que la mayor dicha está en el sueño de Dios para cada uno. Y con fe y humildad se descubre que la verdadera respuesta a la pregunta por el ser humano está en Jesús de Nazaret.

## **Acompañar procesos**

En un proceso vocacional completo se pueden distinguir tres etapas que aparecen de un modo más o menos diferenciado: primero, el joven toma conciencia de la llamada; tras ello, es interpretada y madurada a través del discernimiento; finalmente, se responde tomando opciones de vida. Recorrer este proceso en solitario es complejo y arriesgado. Por ello, la tradición ignaciana siempre ha visto el **acompañamiento**

**como una herramienta privilegiada** para ayudar a las personas en sus procesos vitales. En la misma línea, el Papa Francisco afirma que la cultura vocacional solo es posible desde un acompañamiento en el que “lo primero es escuchar” (*Christus Vivit* n.291) y añade:

*Estoy convencido de que la pastoral juvenil no estará a la altura de su vocación si no acompaña a cada joven al descubrimiento y aceptación de su vocación personal. Entrar en el mundo de la propia vocación significa captar el sentido profundo de la propia existencia, ayudando así a cada joven a entrar en contacto con la gran realidad para la que “yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo.”<sup>9</sup>*

Por su parte, el Padre General Arturo Sosa da un paso más, pidiendo que se pongan los medios materiales y humanos para ello:

*La experiencia nos enseña que la clave de éxito del discernimiento vocacional es el acompañamiento personal cercano. Por tanto, se necesita asegurar que se cuenta con suficientes personas que dediquen el tiempo requerido a quienes se aventuran por el camino de discernir su vocación.<sup>10</sup>*

Aunque sea en diferentes grados y de diferentes modos, todos estamos llamados a convertirnos en **acompañantes cercanos y proactivos** de tantos jóvenes con los que trabajamos. El acompañamiento puede tomar diferentes formas según las propias cualidades personales, el momento vital del acompañado y el contexto en el que interaccionamos con ellos. En cualquier caso, es necesario estar presente, especialmente en los momentos vitales clave, ayudando a crear las condiciones para que se dé el encuentro con el Señor que es quien llama y envía. Sólo así podremos ayudar a tantos jóvenes que necesitan ayuda para “salir del carril” que sienten que la sociedad les ha impuesto. No podemos ofrecer al joven nada mejor que plantearse la vida desde el Evangelio, con generosidad y libertad frente a la tentación del puro bienestar. Eso sí, acompañar estos procesos requiere escucha generosa, necesitando de nuestras instituciones y comunidades que posibiliten espacios de contacto y personas formadas con tiempo de calidad para el encuentro gratuito y la escucha.

---

<sup>9</sup> PAPA FRANCISCO, *Christus vivit*, n. 254

<sup>10</sup> PADRE GENERAL ARTURO SOSA, Carta a toda la Compañía, abril 2021.

## ► Transparentar virtudes vocacionales

En este proceso de formar un sujeto capaz de vivir en clave vocacional es necesario generar un ambiente en el que se transmitan valores y virtudes afines, que sumen y remen a favor. La experiencia dice que éstos sólo pueden ser **transmitidos por contagio**, gracias al contacto con personas concretas que los encarnen. No basta con enseñarlos académica o intelectualmente. Se trata más bien de crear instituciones y comunidades donde, coherentemente, tanto los discursos como las políticas y actividades, vivan y transmitan dichas virtudes.

Debido al relativismo actual, los valores predominantes dependen del “viento que sople en ese momento”, por eso cobra cierta urgencia recuperar el ámbito de las virtudes. Entre ellas algunas sí están presentes en nuestra sociedad y hay que seguir potenciándolas. Otras son profundamente **contraculturales**, pero son clave para una verdadera cultura vocacional. Lejos de ser un impedimento, tienen un carácter alternativo que resulta atractivo y esperanzador para los jóvenes de hoy.

- **El descentramiento del yo**

«Quien quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga»  
(Mt 16, 24)

Dado que la vocación no se la da uno a sí mismo, aunque tenga mucho que ver con los dones y gustos de la persona no se reduce a ellos, sino que siempre aparece en conjunción con lo que el mundo necesita. Así, toda vocación tiene esa dimensión de llamada al servicio, a salir de uno mismo dejando de creerse el centro de la realidad.

Lo específico de la pregunta vocacional reside en su referencialidad. Si la pregunta por la vida nace en mí y se responde en mí, es totalmente autorreferencial: el objeto de la pregunta coincide con el sujeto que la plantea y con el que la recibe. Es decir, soy yo quien diseña el proyecto con el que quiero dar rumbo a mi vida. La pregunta vocacional, por el contrario, aunque nazca en la profundidad de uno mismo, busca su respuesta fuera de sí. El autor de la respuesta es Otro distinto a mí. Y esto nos ubica en un esquema radicalmente distinto al anterior y con significativas consecuencias, pide **pasar del autocentramiento a un continuo descentramiento**.

En una sociedad en la que impera una búsqueda de felicidad basada en la auto-realización, supone entender y ayudar a vivir que

la verdadera vocación pasa por la **hetero-realización**. No es algo que yo me configuro siendo el centro de todo sentido, sino que esa fuente de sentido está fuera, es anterior a mí y es quien me llama. Por eso supone un yo capaz de descentrarse. Es abrazar la alternativa de vivir la vida como donación en lugar de autorrealización. En una sociedad que ha magnificado tanto el “realizarse”, la mirada se centra en uno mismo y se corre el peligro de utilizar las personas como medios, cosificándolas y cayendo en la cultura del descarte, del “usar y tirar” que tanto denuncia el papa Francisco. Por el contrario, la vocación es donación, mira al otro y se vive desde la gratuidad. De esta manera, la dicha verdadera es algo que llega, uno se “encuentra realizado”, es un don que se recibe y no algo que uno se fabrica.

- **Que merezca la pena**

«He peleado la noble pelea, he terminado la carrera, he mantenido la fe. Sólo me espera la corona de la justicia, que el Señor como justo juez me entregará aquel día» (2Tm 4, 7-8).

Este descentramiento supone que el horizonte de dicha no está en el propio bienestar, en el mero sentirme bien conmigo mismo. En el fondo, este planteamiento esconde un egoísmo profundamente anti-vocacional. Y es que la dicha, la verdadera felicidad, solo aparece cuando una vida está orientada hacia algo que “merece la pena”. Y esto en un sentido literal, cuando uno apuesta por una opción de vida y acepta que será difícil, que habrá momentos en que no se vivirá cómodo, pero **esa opción “merece” dichas incomodidades y penas**. Dicho de otro modo: la vocación no convierte la vida en un camino de rosas, sino que toda vocación tiene su dificultad y su “cuesta arriba”, pues en el camino aparecerán adversidades, fracasos, problemas... Toca asumir y enfrentarlas descubriendo que no son las dificultades o penas las que quitan la dicha, sino que *en ellas y tras ellas* se encuentra la verdadera felicidad.

Reducir la dicha al mero disfrute de pequeños placeres que me puedo permitir va en contra de la toda vocación y tarea digna del ser humano. Hoy en muchas de las decisiones que se toman, predomina la búsqueda de seguridad y estabilidad por encima de la aspiración a la dicha. Es por ello que optar vocacionalmente por lo que merece la pena lleva consigo otras implicaciones:

- Una mayor reivindicación de la **cultura del esfuerzo**, necesaria para sobreponerse a los fracasos, plantar cara a las dificultades y reconocer el valor del sacrificio en pos del bien común y del trabajo bien hecho. Una cultura que no mire sólo los éxitos o

frutos alcanzados, sino el hecho de entregarse en lo que se hace, el gusto por cumplir las responsabilidades. Esto choca de frente con ámbitos de la sociedad en que se aplaude más la picaresca y el éxito fácil alcanzado desde el mínimo esfuerzo.

- Ligada a la anterior está la capacidad de **aceptar y sobrellevar la frustración** como elemento necesario para crecer y aceptar la realidad tal como es, sin dejar que el propio sentimiento se convierta en un absoluto que oriente la propia vida. Esto supone una llamada a no poner a los jóvenes entre algodones para evitar toda frustración sino enseñarles a aprender de los fracasos.
- Todo ello exige recuperar un mayor **protagonismo de la voluntad**. Cuando se reduce la vocación a lo que te gusta o te hace sentir bien, se debilita la voluntad y con ello la capacidad para que una elección pueda llevarse adelante. Necesitamos recuperar el papel de la voluntad para educar en virtudes como la **perseverancia** y la **fidelidad**, más allá de las dificultades y dudas que siempre aparecerán.
- En el fondo, todo lo anterior pide una cierta **relativización del sentimiento**. No significa esto despreciar las emociones, ni mucho menos reprimirlas; pero sí que no han de ser absolutizadas. De este modo, el “estar en paz” no siempre será sinónimo de confirmación de Dios. Más allá de mí mismo, hay una realidad que grita e interpela a cada uno para dar una respuesta. Por eso, el “estar en paz” ante ámbitos que piden respuesta, fidelidad, compromiso... puede tratarse de un engaño o de una huida.

- **Una fraternidad universal**

«Vosotros no os hagáis llamar maestros, pues uno solo es vuestro maestro, mientras que todos vosotros sois hermanos» (Mt 23, 8).

Del ámbito anterior se desprende una concepción antropológica concreta: que todos somos responsables unos de otros; desde la mirada creyente: que todos somos hermanos. Si **la realidad me interpela es porque lo que le sucede a los demás me afecta**. No sólo porque pueda perjudicarme, sino fundamentalmente por empatía con el dolor y sufrimiento ajeno. Nace del reconocer la sagrada dignidad de todo ser humano y las muchas situaciones en que no se respeta.

El papa Francisco desarrolla esta idea en sus dos grandes encíclicas: *Fratelli tutti* hablando de la fraternidad universal y *Laudato sí* repitiendo con insistencia “todo está interconectado”,

extendiendo la fraternidad a toda criatura salida de las manos del Creador. Por ello, la fraternidad universal toma nombres y matices diferentes en nuestros diversos sectores e instituciones. Así hablamos de ciudadanía global, de comunidad en misión, de casa común, etc. En cualquier caso, e independientemente del nombre que usemos, todos hacen referencia a una misma realidad: existe **una llamada divina que nos interpela desde un mundo roto** y nos hace tomar conciencia de ser parte de algo mayor que uno mismo. Esto imposibilita cualquier proyecto personal de plenitud que no pase por el hacer con otros, en comunidad, colaborativamente. La dicha es imposible sin otros. Y esto, en una sociedad individualista, se convierte en algo profundamente profético.

Hoy todo parece indicar que el ser humano es, meramente, un receptor de derechos a ser respetados. Incluso parece que, a medida que pasa el tiempo, cada novedad trae la asunción de que existen nuevos derechos de los que apropiarse. Esto genera un modo de enfrentar la vida en que el sujeto vive como “merecedor” de un respeto continuo por parte de todos, para que ninguno de sus derechos sea violado. Es el “derecho a tener derechos”. Una cultura vocacional no será posible si no ayudamos a entender que todo ser humano es tan receptor de derechos como sujeto de responsabilidades y deberes.

- **Una mirada a largo plazo**

«Los atletas se privan de todo; ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita» (1 Co 9, 25).

La vocación que plenifica el corazón del ser humano, la que otorga dicha verdadera, no responde a la lógica de la gratificación inmediata. Más bien al contrario, supone capacidad de posponer recompensas, abnegación, paciencia, etc. Todo ello pide tiempo en una sociedad que nos inhabilita para la espera.

El desarrollo tecnológico **ha acelerado nuestro ritmo de vida y nos ha acostumbrado a la inmediatez**, de modo que la exigimos para todo. Numerosos estudios advierten sobre los efectos neurológicos que la tecnología tiene sobre nuestro cerebro, estimulando vías de satisfacción rápida que generan dependencia y adicción. La tecnología y el marketing actual ofrecen gratificaciones instantáneas para nuestros deseos y pulsiones más primarias, de modo que otros sistemas, como el de la atención y la voluntad se atrofian y debilitan. El resultado son personas con menos capacidad para discernir, mayor dificultad en la gestión de

emociones y mayor intolerancia a la frustración. Todo ello lleva a vivir en un “presentismo” que no pone la mirada en nada más que en la satisfacción inmediata, siendo una seria dificultad para la capacidad de trascender y vivir más allá de uno mismo.

Una cultura vocacional pide **aprender a mirar el largo plazo**, valorar la paciencia y la espera, incluso en el aburrimiento... pues éstos son la cuna del asombro, de la creatividad, del valor de muchas cosas buenas que suceden en la realidad, pero no son brillantes o inmediatas. Se hace necesario romper el círculo de la hiperestimulación que no nos permite parar, hacer silencio y conectar con el ritmo real de la vida y sus procesos, que no funcionan a base de gratificaciones instantáneas.

- **Soñar y aspirar a mucho**

«Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino excepcional»  
(1 Cor 12, 31).

No cabe duda de que toda vocación tiene en su entraña algo que apunta a la grandeza. Sabiendo que la **grandeza evangélica pasa por el descenso y el servicio**, ésta no se conforma con que alcance a unos pocos, sino que anhela ser disfrutada por todos en un mundo reconciliado. Por tanto, con la vocación entra en juego la capacidad de soñar y desear a lo grande, el asombro por la belleza, el aprecio por la verdad, el altruismo que no es mera solidaridad de emergencia, etc.

Hoy aparece en nuestra sociedad una actitud aletargante que han puesto de moda ciertas versiones simplistas de la autoayuda y el *coaching*. Éstas promueven una aceptación de la realidad que termina en una resignación paralizante. Parten de que la persona tiene que aceptarse a sí misma como es, no estando en la mano de nadie cambiar lo que se es. Ciertamente la vocación conlleva reconocer con lucidez los propios dones y limitaciones, pero este proceso no debe conducir a la pasividad, ni confundir aceptación con resignación, ni animar a la pereza.

Al mismo tiempo, desde algunos ámbitos de Iglesia se ha predicado una especie de resignación conformista, como si fuera una virtud. Si bien es cierto que debemos aprender a aceptar serenamente la cruz, no por ello hay que amortiguar las ganas de vivir, de **aspirar a mucho para alcanzar tanto**. Dios no quiere hijos anestesiados, encorvados; sino ardientes, corazones inflamados aspirando a un mundo mejor, que no se resignan ante la injusticia y que viven insatisfechos mientras el mundo no esté reconciliado. No podemos olvidar que el Evangelio y la moral cristiana apuntan a máximos,

porque la meta espiritual del hombre está en alcanzar lo inalcanzable y dar la vida en esa carrera. Por eso en la vocación **es tan importante el camino como la meta.**

Por eso se torna necesario para descubrir y seguir la propia vocación **la originalidad creativa y el desarrollo del don particular.** Una cultura que obliga a responder a las modas y a hacer parte de la masa para no ser ridiculizado ni marginado, acaba generando un “borreguismo” en el que cada individuo prefiere renunciar a su singular originalidad por miedo a no encajar en la manada. Se hace necesario reconocer, valorar y querer potenciar al máximo cada uno de los dones e inquietudes que Dios pone en cada persona, como vía para descubrir el camino a la dicha.

- **Aceptación de la fragilidad, el límite y el fracaso**

«Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro»  
(2 Cor 4,7)

Dicho lo anterior, conviene aclarar que toda vocación debe hacerse cargo de la propia realidad, aceptando lúcidamente los propios límites. En el extremo contrario a lo apuntado previamente, existe también en nuestra sociedad una versión edulcorada de la psicología positiva que no es realista ni ayuda a aceptar el límite y el fracaso. Es el famoso universo de *Mr. Wonderful* con sus frases motivadoras del tipo “Puedes conseguir todo lo que te propongas”. El éxito de estas posturas radica en ofrecer recetas rápidas y sencillas para problemas complejos, sin afrontar que la vida tiene sus dosis de decepción, sinsabores, dificultades, fracasos, etc. Y si uno no vive en la realidad, se corre el peligro de no superar las crisis que llegan al descubrir que no todo es tan bonito y fácil como se nos prometía.

Si bien aceptar la realidad no debe llevarnos a una resignación que aminore las ansias de vivir; lo cierto es que es necesario integrar que, debido a las limitaciones y heridas de la propia historia, todos vivimos con las alas medio rotas. Esto **no es razón para no intentar levantar el vuelo.** En el fondo, y desde una perspectiva más espiritual, esta reflexión nos invita a tomar conciencia de que la vocación no parte del mérito, sino de la propia pequeñez bendecida. Se trata de la experiencia paulina de ser *fuertes en la debilidad* (2 Cor 12,9).

- **Una libertad liberada**

«Para ser libres el Mesías nos ha liberado: manteneos, pues, firmes y no os dejéis atrapar de nuevo en el yugo de la esclavitud» (Gal 5, 1).

Todo lo anterior pone en evidencia que existen distintas concepciones de libertad. Hay quien piensa que la mayor libertad llega con una mayor oferta de opciones sin tener que renunciar a nada. Lo cierto es que la verdadera libertad sólo se alcanza cuando uno es capaz de renunciar. Un árbol sólo crece erguido cuando se podan ciertas ramas para que crezcan otras. Empezar un camino sólo es posible dejando de lado otras sendas que llevan a lugares distintos. Del mismo modo, para la vocación es necesario adquirir cierta **capacidad de elección y de renuncia**.

El “cortoplacismo” en que vivimos, ancla la capacidad de determinación de muchas personas, y genera la falsa impresión de que se tiene todo el tiempo del mundo por delante para vivirlo todo. Así es como el mundo hoy invita constantemente a experimentar todo, diciéndonos que sí se puede todo e impidiendo desarrollar la capacidad de decir no a ninguna propuesta. Sin embargo, solo al asumir las propias elecciones y renunciaciones **aparecen nuevas responsabilidades y posibilidades que antes no existían**. Este es el único modo de ir trazando un proyecto de vida. Y forma parte de las habilidades necesarias para poder decir sí a una vida real y sensata.

- **Gratuidad y audacia**

«Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco»  
(Mt 25, 16)

Para discernir la vocación es importante conocer los propios dones y talentos, pero conviene repetirlo: éstos no son el único ni el último criterio de elección. La clave no está tanto en qué sé hacer mejor, sino qué me hace ser más yo mismo, qué toca fibras internas y me hace alcanzar una dicha que va más allá de la satisfacción por el éxito académico o profesional. Muchas veces esto supone recuperar valores poco cotizados en una cultura tecnocrática. Valores como la belleza, la contemplación, la gratuidad, la misericordia, el asombro... No compensa dedicar la vida a lo técnicamente más eficaz si uno lo vive sin sentido y sin dicha.

Parece que la eficacia y la utilidad se han convertido en diosas rectoras, de modo que el éxito vital se mide en función del éxito

profesional o académico. Esto condiciona la vida de los jóvenes de modo que muchos viven una fuerte tensión entre su vocación personal y el éxito profesional. A ello contribuyen algunos test y orientaciones –mal llamadas– vocacionales, que valoran únicamente las capacidades académicas bajo una mirada pragmática y utilitarista. Evidentemente, no se debe caer en un optimismo ingenuo e irresponsable, pero sí crear **una cultura que no ponga la utilidad o la eficacia como criterio último de verdad**.

Esto requiere buenas dosis de **audacia y valentía**. El principal motivo para buscar el éxito profesional tiene que ver con alcanzar cuanto antes una mayor estabilidad que nos permita una vida de bienestar. En el fondo se trata de buscar seguridad, un valor casi supremo hoy en día. De alguna manera, esta obsesión por la seguridad se convierte en un grave obstáculo, porque genera una falsa prudencia que termina por ser paralizante. Toda opción vital pide prudencia, discernimiento, reflexión... pero también riesgo y audacia, exponiéndose al posible fracaso o a la equivocación. Toda vocación tiene algo de aventura y apuesta, supone un “salto al vacío” teniendo por red eso mismo que se ama. Y quien no es capaz de arriesgar por aquello que ama, es que no lo ama en absoluto.

- **Permanecer y perseverar**

«Como el Padre me amó así yo os he amado: permaneced en mi amor»  
(Jn 15, 9)

Hasta ahora nos hemos centrado en elementos encaminados a entender la vida como vocación y ser capaz de elegir desde ella. Pero hay otro elemento también imprescindible: la capacidad de permanecer y perseverar. El uso de la voluntad y del esfuerzo son tan necesarios para hacer una elección como para, una vez tomada la opción que sea, poder perseverar en ella. Toda elección vocacional supone compromisos y mantener dichos compromisos no es fácil en el mundo de hoy.

En una “sociedad líquida”<sup>11</sup> como la actual, la opción vocacional se torna aún más difícil. Son muchos los factores que invitan a relativizar los compromisos. Vivimos tiempos en que prima el derecho a cambiar de opción según el viento que sople o el sentimiento que predomine. Vende más lo provisional; lo que compromete pero «no del todo»; lo que obliga pero «tanto cuanto». Se prefieren los compromisos llenos de cláusulas y condiciones. Frente a este “fluir” propio de tiempos líquidos, necesitamos **una**

---

<sup>11</sup> Concepto ampliamente desarrollado en la bibliografía de Zygmunt Bauman.

**cultura que genere personas sólidas** capaces de mantener en el tiempo los compromisos adquiridos. Es importante recuperar el valor de la promesa, la palabra, la fidelidad, la constancia... Se hace necesario porque la verdadera dicha no es posible sin compromisos duraderos, sin la paz que genera la confianza en las promesas mutuas. Es imprescindible no perder algo tan esencialmente humano y cristiano: la capacidad de comprometerse existencialmente tanto con nuestras promesas como con quienes se ven afectados por ellas.<sup>12</sup>

Ante la creencia de que todo es relativo y, por tanto, también las opciones y compromisos, cabe reivindicar que el amor de verdad, en su entraña, esconde **una dinámica que apunta a lo eterno y pide compromiso**. Por eso toda opción vocacional (matrimonio, vida consagrada, sacerdocio... cualquier estado de vida) o apunta al «para siempre» o no es ni matrimonio, ni vida consagrada, ni sacerdocio, ni opción de vida. Sencillamente por eso, porque son totales y para siempre o no son. En el fondo, todo amor con condiciones o límites temporales es un falso amor adulterado.<sup>13</sup>

Es verdad que la vida da muchas vueltas y, por unas circunstancias o por otras, una opción de vida puede fracasar en el intento de llevarse adelante. Siempre han existido personas que cambian de estado de vida. Pero hay una gran diferencia entre entender estas realidades como un error o accidente, y verlas como un cambio de vocación y de la voluntad de Dios. Dicho esto, Dios no abandona a nadie. Así que cuando una opción de vida –por las razones que sea– fracasa, Dios siempre abre y posibilita caminos nuevos para poder alcanzar la felicidad.

---

<sup>12</sup> Cf. <https://pastoralsj.org/ser/3249-incumplir-promesas>

<sup>13</sup> Cf. <https://pastoralsj.org/creer/3144-el-miedo-al-para-siempre>

## 4. A modo de conclusión: para seguir caminando

«El reinado de Dios se parece a un tesoro escondido en un campo: lo descubre un hombre, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, vende todas sus posesiones para comprar aquel campo» (Mt 13, 44)

Dado el contexto que nos rodea, se hace necesario un esfuerzo para crear espacios donde nuestra cultura particular se convierta en condición de posibilidad para vidas que aspiren a la plenitud de la vocación. Esta propuesta se presenta exigente, sobre todo cuando nos descubrimos limitados y con tanto por crecer en los distintos ámbitos que queremos desarrollar. Por eso conviene recordar unas pocas ideas que nos ayuden y animen a esta tarea:

- Si la motivación última es ayudar a que tantos jóvenes puedan descubrir y gozar la dicha verdadera a la que están llamados, **¿puede haber tarea más hermosa que esta?** Sin duda es algo que merece la pena. Y, para quienes acompañamos jóvenes de manera cotidiana, se nos revela como algo urgente, pues la desesperanza y falta de sentido que viven muchos jóvenes de hoy resulta preocupante.
- Hay que **superar la tentación derrotista** de pensar que ya no tenemos fuerzas y que esto que se plantea no es posible. No cabe duda de que la tarea es ardua, pero tenemos también experiencia en muchos lugares de la provincia donde esfuerzos concretos han dado y siguen dando un gran fruto.
- Al mismo tiempo, vemos cómo muchos jóvenes se sienten **atraídos por un discurso ilusionante y alternativo** que habla de una vida dichosa y plena (frente a un horizonte desesperanzado y sin sentido), que hay opciones que pueden ser para siempre (frente a lo inestable y fugaz de lo que les rodea), que hay una verdad y bondad objetiva (frente a la angustia que genera el que todo sea relativo), etc.
- Tampoco se puede olvidar que todo esto es un proceso, **un horizonte hacia el que ir avanzando poco a poco**. En este sentido, este documento no ofrece recetas mágicas e infalibles, sino que intenta animar e impulsar a que todos y cada uno de los que colaboramos en esta misión compartida caminemos en la misma dirección. Evitar que acabe en papel mojado pasa por pensar planes y estrategias para cada institución o comunidad, con medidas concretas que aterricen operativamente este cambio cultural

(medios necesarios, formaciones, grupos de trabajo, personas, experiencias piloto, cambios organizativos o estructurales, etc.).

- Aunque el documento ha puesto de relieve dinámicas sociales contrarias a una vida en clave vocacional, es importante reconocer que existen entre los jóvenes –y en la misma cultura– dinámicas que sí ayudan y encarnan muchos de estos valores. No podemos dejar de **detectar y valorar esos elementos culturales positivos para rescatarlos y potenciarlos**. Del mismo modo, existen en muchas de nuestras instituciones iniciativas que llevan tiempo sumando en esta tarea. Son **concreciones que hacen una magnífica labor** y ayudan a preparar el terreno con preguntas previas a las explícitamente vocacionales. A modo de ejemplo y sin ánimo de ser exhaustivo: el documento *Una mirada contemplativa de la realidad*, Baúl MAG+S, Proyecto Hospitalidad, Ciudadanía Global, Proyecto Enfocando, Líneas de Fuerza, renovación pedagógica, la mayor integración entre la Pastoral y la Paraescolar en EDUCSI, el fomento del buen trato y el cuidado del Sistema de Entorno Seguro... Es cierto que aún queda tarea por delante, pero siempre desde el reconocer, agradecer y potenciar el enorme trabajo ya realizado.
- No olvidemos un último elemento valiosísimo que tenemos en muchas de nuestras instituciones y comunidades. Se trata del **testimonio de tantas personas mayores (laicas y consagradas) que han vivido su vocación con fidelidad y alegría**, cuyo ejemplo de vida entregada con sentido siempre servirá de modelo. Y rescatamos aquí, especialmente, el testimonio de **jesuitas mayores** ya retirados que, como buenos “amigos en el Señor”, nunca dejan de ser ejemplo llamativo, profético y estimulante de una alternativa de vida: la de apostar todo siguiendo a Jesús pobre y humilde.

Este documento no aspira a agotar un tema tan amplio y complejo como la creación de una cultura vocacional en nuestras instituciones y comunidades ignacianas. Seguramente haya otras dimensiones necesarias que no son recogidas aquí. Ojalá, poco a poco y entre todos, podamos ir haciendo que todas ellas orienten nuestros pasos hacia el horizonte al que queremos avanzar. No olvidemos que ayudar a tantos jóvenes que entran en contacto con nosotros a encontrar su propia vocación es, sin duda, lo mejor que podemos hacer por ellos.

# Guía de lectura y trabajo



## Tres niveles/propuestas para su lectura:

- ▶ **Primer nivel:** lectura comprensiva del contenido. [Duración aproximada 70-75min]
- ▶ **Segundo nivel:** trabajar el documento interiorizando sus contenidos de cara a una posterior reflexión que ayude a buscar caminos de crecimiento y de aplicación práctica.
  - a) Podría emplearse una tarde o una mañana a modo de un rato largo de lectura y reflexión, para un posterior compartir en grupos.
  - b) También podría dividirse en dos momentos diferentes de lectura, reflexión y diálogo: un primer momento con los apartados 0, 1, y 2 (para ayudar a sensibilizar y a contextualizar, aunar comprensiones sobre el tema, entender el porqué y el hacia dónde apunta...); un segundo momento con los apartados 3 y 4 (para evaluar y pensar caminos, concreciones...).
- ▶ **Tercer nivel:** a ir leyendo poco a poco durante diferentes días, dejando resonar los versículos bíblicos a modo de “composición de lugar”, interiorizando cada apartado e idea, tomando conciencia de las resistencias, invitaciones o cuestionamientos para la propia vida y misión. Y, con el tiempo, compartir mociones con otras personas de la misma institución/comunidad para discernir por donde Dios invita a crecer.

## Algunas preguntas que pueden ayudar a la reflexión:

Si pertenezco a alguna comunidad ignaciana:

- ¿Qué dificultades veo en este momento en mi contexto y en mi comunidad para una vivencia sólida de lo vocacional?
- ¿En qué ilumina el documento a mi propia vocación? ¿Y a mi misión?
- ¿Qué luces o cuestionamientos trae para la comunidad a la que pertenezco? ¿Qué habría que potenciar o cambiar hacia una mayor cultura vocacional? ¿Qué nuevos caminos abre?

Si trabajo o colaboro en una obra o institución de uno de los sectores apostólicos de la Provincia:

- En mi sector y en la obra en el que estoy ¿cuáles me parece que son los rasgos de la misión que más confluyen con los elementos propios de una cultura vocacional? ¿Cuáles son las dificultades más grandes que nos toca afrontar para una vivencia sólida de lo vocacional?
- ¿En qué ilumina el documento a mi propia vocación?
- ¿Cómo puedo yo –con mi presencia y tarea– ayudar a crear una mayor cultura vocacional?
- ¿Cómo podemos entre todos los que integramos la institución crear ese “microclima” que ayude a formar sujetos vocacionales capaces? ¿Qué puede aportar cada ámbito de la institución? [Por ejemplo: comunicativo, formativo, relaciones, religioso, valores reinantes, políticas, ocio, celebrativo...]
- ¿Hacia dónde han de ir creciendo las diferentes dimensiones del sector al que pertenece mi institución? ¿qué caminos ves para que trabajen más unidas?

